

LA CIUDAD DE LOS MILAGROS: MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICAS CULTURALES

Rossana Reguillo

La vida en la ciudad: las primeras luces del día van rasgando el horizonte hasta borrar la oscuridad, cientos de miles de individuos han iniciado ya la actividad cotidiana, desplazamientos multitudinarios llevarán a cada uno a los diferentes escenarios donde, una vez más, se repetirán los rituales sociales.

En la casa unas manos afanosas deshacen las huellas de una noche pasada frente al televisor. donde la familia presenció, incrédula, los amores atormentados de la telenovela en turno y asistió, pasmada, a la violencia estéril que expansivamente azota al mundo. Unas latas de refresco «made in USA» reposan vacías junto a la videocasetera; sobre el periódico quedan los restos de yogurt «natural» en envase «biodegradable», mientras la radio recita de vez en vez las noticias locales y los índices de contaminación, seguidas del último éxito de Juan Luis Guerra.

Afuera en la calle comparten el semáforo en rojo el hombre de traje gris absorto en su celular negro; el ciclista en ropa de trabajo que aprovecha el alto para organizar las cosas que trae en su morral; los operarios de la compañía de gas, el padre de familia con tres hijos de azules uniformes. Todos deben esperar la señal para avanzar. En frente cruzan apresurados grupos de personas y transeúntes solitarios. Unos jóvenes pierden el paso al contemplar el tablero electrónico en el que una animación muestra a un atleta saltando un obstáculo, después el letrero de «Nike» cubre todo el tablero. El movimiento sigue y todos ejecutan sin titubeos lo que «debe hacerse». Rutina cotidiana, certeza de la repetición. Bosquejos apenas de la vida social contemporánea, donde lo privado y lo público se entremezclan, donde lo universal ancla en lo local y la globalización se enfrenta a la diversidad y a la fragmentación. Discursos contrapuestos, imágenes veloces y cambiantes y sin embargo, el «indestructible sentido de la realidad se mantiene» (Goffman, 1986). Ese sentido armado y sostenido sobre la base de pequeñas acciones, de representaciones que organizan, nombran y definen la vida.

SORPRESAS TE DA LA VIDA

Al comenzar la década de los noventa una serie de acontecimientos inusitados irrumpen en la rutina de Guadalajara, la segunda ciudad del país, en la que vive el 54% de los habitantes del estado de Jalisco: el fuerte conflicto por la celebración del Congreso de Homosexuales, la marcha de mujeres contra la violencia que convocó de forma inédita a mujeres de las clases altas de la ciudad; las dramáticas explosiones del 22 de abril; el desalojo violento de damnificados por las explosiones mientras acampaban en plantón frente a Palacio de Gobierno; la manifestación en contra de Televisa por «la violencia y pornografía» de los contenidos televisivos por parte de un grupo autobautizado como Alianza Fuerza de Opinión Pública; el asesinato del Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo y seis personas más en el Aeropuerto Internacional de la ciudad y, finalmente, el conflicto por las fiestas que un grupo de jóvenes empresarios realizó bajo el nombre de «Danceterías»- fiestas móviles que realizaban en viejas casonas abandonadas y recreadas con distintos «ambientes»- por atentar contra la «moral y las buenas costumbres» de la ciudad.

De distinta índole y en diferentes planos, estos acontecimientos tienen como característica común el haber vuelto visibles a un conjunto de actores sociales en la escena pública, donde lo que ha jugado de fondo es el conflicto por las representaciones legítimas de los sentidos sociales de la vida y el monopolio sobre el uso del espacio público urbano.

Los acontecimientos pueden ser agrupados de manera muy general en dos grandes categorías: a) los que involucran en sentido horizontal a diferentes grupos antagónicos, donde el Estado ha asumido-por crisis de gobernabilidad- el papel de un árbitro inconsistente y poco eficaz para conciliar los intereses en pugna; b) los que involucran al Estado como protagonista y opositor a los intereses de la sociedad civil.

En este panorama se ha ido haciendo evidente el papel de los medios de comunicación en el tratamiento y debate públicos sobre asuntos que tradicionalmente la sociedad tapatía no discutía. Es importante mencionar para entender la configuración de este espacio público: el nacimiento de un diario independiente comprometido con la sociedad civil a finales de 1992, *Siglo 21*, que ha dado voz y presencia a grupos cuya entrada a los medios de corte tradicional estaba vedada, en el mejor de los casos, o eran reducidos a la «nota roja»; los programas de Nino Canún del «canal de las estrellas», realizados con frecuencia en Guadalajara donde se ha discutido asuntos de gran interés para la ciudadanía: seguridad, servicios, violencia, sida, homosexualidad, un programa dedicado a las explosiones del 22 de abril con la presencia del gobernador interino que fue cuestionado en «cadena nacional» por los damnificados y otro programa dedicado al asesinato del Cardenal; y fundamentalmente, el papel jugado por algunas radios tanto comerciales como

culturales, que por las especificidades del mismo medio (inmediatez, ubicuidad, flexibilidad) se han convertido en un «monitor» por excelencia para los ciudadanos. Cabe señalar, en justicia, la emergencia de un ejército de jóvenes reporteros que ha logrado trastocar las rutinas de producción informativa poniendo en crisis los límites de la censura y la autocensura.

Otro elemento importante en esta configuración ha sido el uso del espacio urbano por parte de los diferentes grupos que han protagonizado estos acontecimientos. Sorprende que en Guadalajara, ciudad con un fuerte patrón doméstico y privado (Galindo, 1991; De la Peña y de la Torre, 1990) en un lapso de quince meses -de marzo del 92 a junio del 93- se hayan efectuado 16 actos masivos. La calle ha sido un buen termómetro para medir el grado de descontento social y la manifestación pública sigue siendo un signo político por excelencia. En Guadalajara se asiste a la gestación de una nueva forma de cultura política, donde es la misma sociedad civil que se autodota de espacios de confrontación y debate públicos¹.

Muchas sorpresas han sacudido la conciencia ciudadana tapatía en los últimos tres años. Para algunos esto es indicio del deterioro y pérdida de los valores: «todo tiempo pasado fue mejor»; para otros, la ciudad comienza a ponerse interesante: del «aquí nunca pasa nada» se ha transitado a un escenario lleno de sobresaltos.

Intentare profundizar en los elementos planteados en este mapa general para acercarnos a la relación entre espacio público² y movimientos sociales. Para ello considero importante explicitar algunos elementos de índole teórico-metodológico que orienten la discusión.

LA CONQUISTA DEL CÓDIGO

Sin sobreestimar su importancia hoy día es posible reconocer en las sociedades urbanas una emergencia creciente de prácticas sociales y formas de agrupación no partidarias y no institucionalizadas. Sin embargo en algunos casos, con razón, se ha criticado la insuficiencia con la que ha sido teorizada la «estructura» en muchos discursos académicos, en relación a la capacidad de impugnación y resistencia de los actores sociales

Es indudable que el paisaje social está cambiando y ello implica un replanteamiento de las teorías y de las estrategias metodológicas de abordaje de esas «nuevas» realidades. La fuerza de lo simbólico y el papel que desempeña en la organización social de las grandes ciudades no puede ser ignorado. Así, la pregunta por las transformaciones sociales que se están operando pasa por la pregunta acerca de las «fuerzas» que actúan en las ciudades en relación a una visión del mundo, a un proyecto explícito o no, de lo pensable y lo prohibido, de lo deseable y lo intolerable y del papel que en el impulso de estos proyectos juegan los medios de comunicación.

Habermas ha señalado que «los nuevos conflictos se desencadenan no en torno a problemas de distribución sino en torno a cuestiones relativas a la *gramática de las formas de vida* (Habermas, 1990, I; 556), dice el autor.

Las investigaciones [...] confirman un cambio de temas que evidencia un tránsito desde la «vieja política» centrada en torno a cuestiones de seguridad económica y social, de seguridad interna y de seguridad militar, a una «nueva política»; nuevos son los problemas de la calidad de vida, de la igualdad de derechos, de la autorrealización individual, de la participación de los derechos humanos. Si utilizamos indicadores estadísticos, la «vieja política» es defendida más bien por empresarios, trabajadores, clase media dedicada al comercio, mientras que la nueva política encuentra más partidarios en la nueva clase media, en la generación joven y en los grupos de formación escolar cualificada (ibid).

Si esto se acepta, la pregunta que surge entonces es acerca de las implicaciones que para los actores sociales tiene la expresión de estos nuevos conflictos y la necesidad de elaborar códigos alternativos a los que expresaban los «viejos conflictos».

La dimensión simbólico expresiva se conecta con la constitución de nuevos sujetos políticos, o planteado en otros términos, «un nuevo sujeto político se constituye cuando emerge una matriz discursiva capaz de reordenar los enunciados señalando aspiraciones difusas o articuladas de otro modo, logrando que los individuos se reconozcan en esos nuevos significados» (Sader, s/d).

Así cada grupo social se apropia de un sistema de códigos que le permita ordenar, nombrar y legitimar su propia visión del mundo. Esta operación no puede desvincularse de los mecanismos de poder, ni puede entenderse al margen de los

procesos identitarios de los grupos sociales. En la ciudad el horizonte común que comparten actores no explica por sí mismo la similitud o diferencias entre los modos de concebir la realidad y de actuar sobre ella.

La construcción de ese modo de concebir o representarse la realidad pasa indudablemente por el lugar social que se ocupe en la estructura, por los constitutivos culturales, raciales, sexuales que no son solamente elementos de «diferencia» sino dinamizadores de eventuales movilizaciones políticas (Reguillo, 1993a).

Desde la perspectiva del espacio público esta lucha entre contendientes desnivelados (Bourdieu, 1987) nos lleva a la pregunta por el tipo de identidades que está produciendo el fin de milenio, su ubicación en el contexto urbano, los límites simbólicos en los que se desarrolla su acción política, el tipo de objetos que aglutinan a estos grupos fundamentalmente, interesa la puesta en escena del conjunto de elementos que sostienen la identidad colectiva en este espacio público.

Lo anterior significa que los conflictos que se han vivido en la ciudad de Guadalajara pueden ser leídos como la «dramatización» de representaciones de y en la ciudad. En tal sentido el espacio urbano se nos aparecería como un «campo de posibilidades», como un marco de actuación virtual en el que los actores desde el lugar social que ocupen y de las competencias que poseen realizan un serie de operaciones de «lectura» sobre este espacio, con el fin -no necesariamente consciente- de verificar o desmentir los significados propuestos por las diferentes instituciones y grupos en la ciudad (Reguillo, 1993b), y a partir de ahí actuar en consecuencia.

Los conflictos en la ciudad expresan la existencia de diversas matrices culturales cuyos «portadores» participan activamente en la conformación de la cultura urbana. En el encuentro, choque o negociación entre diferentes proyectos, en el espacio público, un elemento fundamental es la fuerza dramática con la que se desenvuelven los grupos comprometidos, su capacidad o incapacidad de realización. La dimensión simbólica expresiva, es decir, la comunicación, se vuelve entonces un elemento vital para la intersubjetividad que posibilita u obstaculiza la construcción de un sentido en común a propósito de determinado asunto.

Es importante enfatizar que la dimensión simbólica no agota el problema de la aceptación y reconocimiento de tales matrices diferenciadas. La dimensión expresiva pasa por los contundentes territorios de la acción regulada por normas y por los complicados laberintos de la acción estratégica⁴, la abstracción se hace con fines analíticos, en tal sentido esta dimensión se convierte en un modo de ver, de acercarse a la subjetividad de los actores urbanos colectivos.

Los diferentes recursos que los actores utilizan para hacerse presentes son en esta propuesta motivo de análisis: el discurso (argumentación, estilo, tono), las marcas distintivas del grupo (símbolos, vestuario, objetos), recursos dramáticos (uso del cuerpo: voz, gesticulación; apelación a órdenes superiores: la Nación, la iglesia, Dios, los valores universales), todo ello en el contexto de los diferentes «escenarios» urbanos en los que se desarrolla la acción.

El supuesto en el que basamos esta propuesta es el convencimiento de que no es posible pensar en *estrategia sin acción dramática, ni la dramatización puede sustraerse a los fines*, cualesquiera que estos sean, ya que lo que se juega en el nivel de la expresividad es la aceptación y reconocimiento de la identidad.

NOTAS SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO

Un elemento que quisiera añadir a estas apretadas ideas es el hecho de que para que hoy día estas identidades puedan dar la «batalla» en el espacio público y garantizar que su visión-versión de las cosas circule es necesario que dispongan de mecanismos capaces de interpelar a la sociedad en relación a los significados que se proponen para impulsar su proyecto.

En su crítica a la modernidad, al reflexionar sobre el espacio público, Touraine dice que no hay sociedades políticamente transparentes, por el contrario, hay una fuerte tensión entre las instituciones y los movimientos de liberación política que requieren de un sistema mediador, que no puede ser solamente definido por la existencia de instituciones democráticas o mecanismos de decisión legítimamente reconocidos, este sistema, según lo apunta el autor, corresponde a la configuración del espacio público, con particular influencia de los medios masivos y el trabajo de los intelectuales (Touraine, 1992; 399).

Las ideas dominantes, las representaciones y maneras de ver el mundo no surgen espontáneamente. Existen centros de

«irradiación» desde los que se «producen» y se «circulan» discursos sobre parcelas de la realidad. Hoy día es indudable la importancia creciente de los medios de comunicación como lugares de construcción de representaciones para la acción que no son, como sabemos instrumentos neutros para dar forma a lo que ya existe.

Los acontecimientos recientes en la ciudad de Guadalajara han puesto en evidencia para los grupos y para la sociedad en general, la necesidad de contar con medios de comunicación que rescaten del ámbito de la experiencia directa los sucesos para transformarlos en «acontecimientos públicos», a pesar de que también ha sido evidente la capacidad de estos medios de apropiarse y resemantizar los discursos y las luchas sociales: capacidad de domesticación y transformación en «discursos light».

Es necesario sin embargo, matizar el papel de los medios para evitar caer en los enfoques «efectistas» que veían una relación transparente entre mensaje y respuesta. El camino andado en la investigación de la comunicación (Fuentes, 1992) nos coloca hoy frente a un actor constituido por múltiples experiencias donde la esfera mediática es una entre varias. Mediaciones más que medios (Martín Barbero, 1987) para entender las maneras en las que en este espacio público los actores se apropian «chapucera» y selectivamente de los significados de circulación masiva.

Medios de comunicación aunados a la experiencia vivida cuyas fronteras se interpenetran, señalan un replanteamiento entre las esferas de lo público-privado y la necesidad de potenciar-para la sociedad civil- a través de los usos, los dispositivos que controlan el acceso a las alternativas tecnológicas, científicas, económicas, culturales, políticas y sociales, no como una graciosa concesión de los poderes sino como el fundamento mismo del robustecimiento del espacio público de cara a la democracia.

Con estos elementos abordaré ahora los acontecimientos en la ciudad, que organizo en dos grandes bloques: a) los que han enfrentado horizontalmente a diferentes grupos en la ciudad; b) los que han enfrentado a la sociedad civil con el Estado.

UNA PIEZA EN TRES ACTOS ⁵

Primer acto: los homosexuales o la normalidad de la norma

De octubre de 1990 a julio de 1991 en Guadalajara se libró una verdadera batalla discursiva que comprometió a varios grupos de la localidad: los gobiernos municipales, la jerarquía eclesiástica, el DIAHC, los «tecos», la AJCM, grupos de intelectuales y académicos y desde luego el ciudadano medio que no tenía muchas posibilidades de pronunciarse sobre el asunto pero que tenía su propia versión de los hechos.

El asunto en cuestión fue la intención de la Asociación Internacional de Lesbianas y Homosexuales (ILGA) de realizar en la ciudad su congreso anual, que por primera vez en la historia del organismo se llevaría a cabo en una ciudad del llamado «tercer mundo».

Semejante pretensión ocasionó que los grupos católicos y de derecha pusieran el grito en el cielo y presionaran a las autoridades a la suspensión del evento. Las autoridades municipales ciertamente no requerían de mucha presión. Encabezaba el municipio en aquel tiempo Gabriel Covarrubias Ibarra (hoy presidente del Patronato de Reconstrucción del Sector Reforma que fue devastado por las explosiones del 22 de abril), cuyo ejercicio se distinguió por su lucha abierta contra las campañas del COESIDA (porque mencionaban e «ilustraban» la palabra condón); por la clausura de lugares de reunión juveniles, exhortando a la juventud a reunirse a tocar guitarra, a llevar serenatas, etc.

Ante el argumento de los responsables del evento en la ciudad acerca de su derecho constitucional a la libre reunión, la jerarquía eclesiástica representada en aquel entonces por Juan Jesús Posadas Ocampo (hoy cardenal asesinado por la «equivocación» de gatilleros narcos) respondió que este derecho esta indudablemente constitucional pero «era para gentes normales».

El asunto alcanzó rápidamente una dimensión pública, convirtiéndose en noticia de «primera plana», en comentario de café y en tema de supermercado. La balanza se inclinaba a favor de los defensores de la moralidad y la normalidad».

No sólo los medios ventilaron el problema, las bardas, muros y cualquier superficie «tatuable» de la ciudad se convirtieron en recursos comunicativos para el pronunciamiento, en herramientas para descalificar al enemigo, para ganar aliados: «Homosexuales= sida», «Mi hija es lesbiana y la amo», Guadalajara tradicional dice **no** a los homosexuales»,

aparecían ante la mirada del transeúnte, que al día siguiente se topaba con pintas «intervenidas», por ejemplo: Homosexuales=vida, mi hija es lesbiana y la *odio*.

En un despliegado varios académicos e intelectuales de la comunidad se pronunciaron en favor del derecho a la libertad de reunión de los homosexuales que bastó para que el semanario «Conciencia pública» publicara en grandes letras «Ya sabemos quienes son», en una clara alusión de que esa muestra de «simpatía» se debía a la propia homosexualidad de los firmantes; los organizadores denunciaron que los hoteleros de la ciudad fueron amenazados con ser expulsados de la Cámara correspondiente si recibían a los «temibles visitantes o prestaban sus instalaciones para el evento; los presidentes municipales de Tlaquepaque, Tonalá y Zapopan se escondían tanto de los responsables como de los medios de comunicación.

En la ciudad de México se hizo una marcha de apoyo por parte de los grupos homosexuales capitalinos, en Guadalajara los homosexuales nunca salieron a la calle, se limitaron a ofrecer ruedas de prensa⁶.

La presión fue tan fuerte, la negativa y silencio de los ayuntamientos tan sistemática y el desentendimiento del gobierno estatal tan claro «este asunto no compete al gobierno estatal» declaraba Cosío Vidaurri (hoy gobernador con «licencia» a raíz de su actuación ante la catástrofe del 22 de abril), que el congreso terminó por celebrarse en Acapulco.

Segundo acto: Televisa o ya no hay moral

Los meses pasaron, los actores cambiaron, la ciudad enfrentaba la crisis dejada por las explosiones cuando el grupo Alianza Fuerza de Opinión Pública, versión moderna de la Liga de la decencia (fundada en los años treinta)⁷, tomaba la calle el 24 de marzo de 1993, después de una guerra de desplegados en contra de Televisa, cuyo argumento central es «la agresión a la moral y los valores fundamentales». En el paquete de agresión moral ocupan igual lugar. Los temas candentes de Cristina Saralegui, la inmoralidad de Yuri, Nino Canún y sus temas que «no deben tocarse en público», los programas «españoles» (que mediante un convenio con una televisora estatal llenan varias horas de programación), las películas nacionales y extranjeras con escenas de sexo.

Frente a las instalaciones de Televisa en la localidad los manifestantes, mujeres en su mayoría, destruyeron una televisión para luego dirigirse a Palacio de Gobierno y exigir la intervención del Estado. El gobernador interino, que no se ha destacado por sus competencias discursivas, contestó entre divertido y enojado: «Señoras, pues cámbienle, ahí está el canal del Estado».

La ciudadanía se involucró poco en el conflicto, quizá porque a pesar de lo que pudiera considerarse un acertado objetivo de esta cruzada moralizadora: «iniciar un programa de la formación de la conciencia crítica del espectador a fin de que esté capacitado para analizar y seleccionar su programación», los contenidos y visión del mundo expresados en el discurso de los «protestantes» chocaron con un público que a pesar de la tendencia dominante vive sentidos plurales y diversos. Y más, porque el adversario en la correlación de fuerzas supera con mucho la posición que en el espacio público ocupan por ejemplo los homosexuales que, según esta lógica, también atentan contra la «moral y los valores trascendentales».

Tercer acto: Los danceteros o no hagan olas

El episodio más reciente se vivió el mes de junio de 1993. La artillería discursiva en pro de la familia, las buenas costumbres y las tradiciones descendió iracunda esta vez sobre los territorios lúdicos juveniles.

Como se mencionó, un grupo de cinco jóvenes empresarios decidieron «proporcionar una nueva alternativa a la gente de mente abierta». A partir del mes de enero se llevó a cabo una serie de fiestas itinerantes. La novedad consistía por un lado en que el escenario siempre era distinto, ambientado por un grupo de escenógrafos que se daban a la tarea de «reproducir» lo mismo un ambiente espacial con túneles y efectos de luces, que un ambiente urbano con graffitis, vehículos, etc., el otro elemento sorpresa era que los asistentes no sabían bien dónde se verificaría la fiesta, se contactaba a los organizadores a través de un teléfono y así era como cada fin de semana los «danceteros» convocaban a 300 o 400 jóvenes.

Hacia el 25 de junio el periódico «Ocho Columnas», propiedad de los «tecos» de la Universidad Autónoma de Guadalajara se lanzaba a la cruzada con un reportaje titulado «Danceterías...Degeneración y Vicio Organizados», publicado en tres partes. El calificativo como argumento es el tono general del «reportaje»: organización clandestina;

conciertos subterráneos donde hay droga de toda clase; infiltran universidades para promover más las danceterías; lesbianas y homosexuales otro «atractivo» muy promovido. Sorprendentemente a esta lucha se sumó un comentarista especialista en nota policiaca del diario *Siglo 21*, mientras que en ese mismo Diario en la sección de Vida Cotidiana y Cultura, se informaba en otro tono sobre el asunto y se les daba voz a los organizadores. Sin dar ninguna fuente, Modesto Barros (que en el conflicto «22 de abril» tuvo una actuación destacada) afirmó sobre la circulación de grandes cantidades de marihuana, cocaína, crack y hasta heroína. Haciendo prosa, el comentarista escribía:

Alguien me platicó: Como ves Modesto, llega un joven de la edad de tu hijo (17 años) y, después de tomarse dos o tres licores se le acerca una despampanante muchacha que empieza a seducirlo, y al ser carne débil, cae en brazos de la mujer, pero más tarde se da cuenta que en verdad es un hombre o más bien un homosexual. Cuál será el trauma que le puede quedar.

Gracias a Dios no ha sucedido eso con mi hijo, pero creo que tiene razón mi amigo. La mezcla de quienes concurren a Danceterías, lesbianas, homosexuales y otros, pone en peligro a los jóvenes de cualquier sexo, pero eso no les importa a los organizadores que sólo buscan enriquecerse rápidamente (*Siglo 21*, 22/VI/93).'

Reproduzco esta larga cita porque me parece «paradigmática» de los miedos, fobias y sentido común prevaleciente en buena parte de la población de Guadalajara. Esta pieza oratoria es ejemplar del tipo de «argumentos» con que los grupos conservadores se enfrentan en el espacio público a sus adversarios: a) dime con quién andas y te diré quién eres; b) las opciones y el comportamiento están supeditadas a la «debilidad de la carne» por lo tanto hay que huir de las tentaciones; c) toda mezcla es peligrosa, la ciudad tiene fronteras y hay que respetarlas. Los «adversarios» no han encontrado, mas que en situaciones coyunturales, la manera de hacer frente a este discurso.

El «round» terminó cuando el gobernador interino, Carlos Rivera Aceves, que no las ha tenido todas consigo y que ya no ve lo duro sino lo tupido de su interinato, fue presionado por un grupo de «señoras» (Alianza Fuerza de Opinión Pública) para poner un alto a las fiestas. En una reunión a puerta cerrada prohibió a los jóvenes empresarios más aventuras «danceteraz». Tenía encima el descontento social por el reciente asesinato del líder religioso y la prueba del poder de convocatoria de los grupos como Alianza, movimiento Familiar Cristiano, etc. que le llenaron la Plaza de la Liberación con más de 50 mil personas.

Los argumentos que se manejaron para la prohibición de las fiestas fueron la falta de licencias municipales, un reglamento que prohíbe hacer fiestas públicas en casas habitación, y otras razones burocráticas. Ninguna voz se levantó en contra, varias se pronunciaron en la radio y en las rutas a los periódicos a favor de la medida.

El marcador de estas batallas es dos a uno, a favor de los grupos conservadores.

¿Cómo se llamó la obra?

Conocer de qué está hecha la ciudad, no se reduce a preguntar cuántos somos, de dónde venimos, a qué nos dedicamos, quiénes gobiernan y quiénes se les oponen. Se trata de tocar fondo, de entender en sentido profundo la cultura que no es sólo representación sino también construcción: las formas de vivir el espacio, de narrar la ciudad, de construir y defender identidades, de comunicarse, de exponerse, de replegarse.

El conjunto de acontecimientos a que hemos hecho alusión en este apartado señala elementos importantes en la configuración del espacio público urbano. Es evidente que el péndulo se ha inclinado a favor de los grupos «mayoritarios», encarnaciones diversas de un modelo cultural basado en la tradición, en la resistencia al cambio, en la intolerancia a lo otro amenazante, que a pesar de sus evidentes diferencias y discrepancias han demostrado su capacidad de establecer alianzas tácticas en contra de enemigos comunes; mientras que de otro lado, las «minorías» (entre las que no contamos ciertamente a Televisa, que es un problema de otra índole y sin embargo conectado con la problemática que nos ocupa) han demostrado una sistemática dificultad para trascender el ámbito inmediato, para acceder a los espacios de confrontación y debate públicos. Su posición en relación a las políticas culturales en una ciudad como Guadalajara los coloca en una situación de debilidad frente a las decisiones institucionales.

Las batallas «clandestinas» que libran estos grupos a través del graffiti, de las publicaciones «subterráneas», de eventos esporádicos, no logran irrumpir en la conciencia ciudadana. Identidades «defensivas» con dificultades de pasar a la dimensión propositiva.

Ningún grupo social tiene existencia autónoma, están inmersos en una red de relaciones sociales y no existen al margen

de la estructura. Se puede decir que para los grupos que nos ocupan, es tan importante el espacio interno de construcción de su propia identidad como la identidad social «asignada» desde el exterior. En Guadalajara los nuevos movimientos sociales (homosexuales, jóvenes, feministas, ecologistas) cada uno con sus propias especificidades han ido incorporando en relación al discurso dominante, lo marginal, lo periférico, lo anti-institucional, ello ha implicado el que estas identidades aparezcan como un problema, no sólo para los grupos dominantes, sino especialmente para los propios grupos, que además de tener que afrontar sus conflictos internos, pierden de vista el proyecto de su acción y terminan por «responder» a la definición social que se les asigna y en muchos casos no hay ya acción, sino reacción (Reguillo, 1992).

Sin embargo a pesar de lo poco visibles que son estos grupos en el espacio público, han obligado al poder a abrirse en diferentes frentes cuyo «control» exigiría importantes dosis de imaginación y formas de negociación novedosas. Las autoridades estatales que en su mayoría no han logrado «modernizarse» -a pesar de su militancia en el PRI- se muestran muy sensibles a la crítica de los sectores dominantes (una clase alta y media de empresarios y comerciantes católicos conservadores), en los problemas de «moral pública» aparecen como representantes y portavoces de un sector cuya visión de la realidad ignora, aplasta, descalifica las diferentes morales que coexisten en el espacio urbano.

A estos elementos hay que sumar la complejidad que representan los medios de comunicación. El caso paradigmático de la televisión que irrumpe en la esfera de lo privado ventilando problemas que para esa moral dominante -a prueba de sida, de homosexualidad, de drogadicción- no deben ser motivo de debate público. La negación sistemática de estas realidades tendría que llevar necesariamente a su desaparición, parecen decir los guardianes de la moral pública

Y contra toda lógica se produce aquí una extraña operación, la de una alianza involuntaria entre Televisa y los grupos «minoritarios» que desafortunada y generalmente acceden al espacio de confrontación como especímenes de exhibición, pero no puede evitarse que aparezcan simultáneamente como afirmación de realidades que no pueden ser ignoradas. Las dimensiones de la vida privada que hoy se banalizan y espectacularizan, venden, para Televisa eso es lo importante, pero hay cosas que escapan a la lógica del mercado y el contacto permanente con estas realidades puede ayudar al fortalecimiento del espacio público para un debate democrático.

Lo intangible de los asuntos que han enfrentado a diferentes grupos en la ciudad se convierten en un arma de dos filos: de un lado la persistencia de un discurso autoevidente tejido con los hilos invisibles pero poderosos de órdenes «superiores»: el pasado, la familia, dios, la patria y las buenas costumbres; de otro lado, la misma inasibilidad de estos elementos abre la posibilidad a nuevas interpelaciones capaces de poner en cuestión el mundo de la vida.

Y A PESAR DE TODO ... EXISTEN LOS MILAGROS

Un segundo bloque que interesa discutir son aquellos asuntos que han enfrentado a la sociedad civil con el Estado. Asuntos que milagrosamente -por las características y conformación del espacio urbano tapatío que se ha descrito-han logrado compactar, aunque por periodos breves, a muy distintos grupos sociales, poniendo en evidencia la capacidad de relación horizontal de la sociedad, cuando los asuntos afectan zonas esenciales de la vida urbana.

Milagro Uno: las mujeres toman la calle

El 4 de marzo de 1992 alrededor de tres mil mujeres salieron a la calle bajo la consigna «madres unidas contra la violencia». Señoras jóvenes, no tan jóvenes y algunas mayores marcharon en silencio para exigir al gobierno tranquilidad en las calles, seguridad en los hogares. Un poco apenadas por lo inusual de su conducta pero con la dignidad de quien tiene la razón, caminaron por las calles levantando a su paso el asombro, la incredulidad, las burlas, la solidaridad y fundamentalmente, la suspicacia y enojo del entonces gobernador Cosío Vidaurri⁸.

Las reacciones no se hicieron esperar, la marcha se convirtió en tema obligado de discusión en la ciudad por varias semanas.

Interesa destacar aquí que esta manifestación presentaba algunos indicios de un «nuevo» comportamiento ciudadano, un intento de re-apropiación del espacio público.

La creciente ola de violencia en la ciudad y la incapacidad de las autoridades de responder en términos de un aparato de seguridad adecuado hizo crisis con el asesinato (se dice que a manos de la misma policía) de una jovencita de clase alta, en el mes de marzo. Antes, a pesar de las innumerables quejas y denuncias de los sectores populares de la ciudad, el asunto no alcanzaba el status de debate público.

Las «damas de negro» como se bautizó a estas mujeres, lograron a pesar de las críticas, de las sátiras a las que fueron sometidas, que ciudadanos de muy diferentes estratos tomaran las calles en los días siguientes, ahora con la consigna más amplia de «ciudadanos contra la violencia». Es decir, el discurso de estas mujeres, los símbolos utilizados y su determinación lograron activar un sentimiento presente en la ciudadanía de manera latente, pero que no lograba trascender el ámbito de las relaciones interpersonales.

La suma de errores de la administración de Cosío Vidaurri provocaba la emergencia de una sociedad civil unida en torno a objetos 'visibles» como la seguridad, la corrupción, la violencia y el autoritarismo, atravesando fronteras de clase y fronteras simbólicas de la ciudad⁹. La crisis empezaba a anunciarse.

Milagro dos: las explosiones de la conciencia

22 de abril de 1992, 10:10 de la mañana, una serpiente de destrucción arrancó -en unos casos para siempre- los sueños, los esfuerzos de toda una vida, las certezas cotidianas.

En el Sector Reforma (más allá de la calzada), en el viejo barrio de Analco, que es tan viejo como la ciudad, miles de tapatíos vivían incrédulos el horror y el dolor de rescatar a sus muertos, a sus heridos, las pocas cosas que la explosión había respetado, muchos gritaban que «era el fin del mundo».

En medio del caos, la certeza popular: «fue PEMEX, fue la gasolina que olía desde hace varios días y que nosotros reportamos», «¿por qué no nos evacuaron?» se preguntaban los vecinos. Más de cuatro mil personas iniciarían el éxodo hacia los albergues, a casa de los familiares. Atrás el dolor, el estupor, hacia adelante, la incertidumbre.

La destrucción abarcó más de ocho kilómetros en una zona de alta densidad poblacional, barrios populares y de clases medias trabajadoras. Los daños aún no han sido evaluados con exactitud: 209 muertos según cifras «oficiales», 1407 heridos, más de cinco mil damnificados. Los daños materiales son cuantiosos, los daños en las relaciones sociedad-gobierno no pueden calcularse (Padilla y Reguillo, 1993).

Como ha trascendido, desde el día 21 de abril las autoridades empezaron a peinar la zona tras la pista de los «olores», se retiraron en la madrugada ya que los explosímetros indicaban que el peligro había disminuido. El principal «sospechoso» hasta ese momento era la Aceitera La Central. El día 22 a las 9:40 de la mañana el mayor López Rivas, jefe de bomberos informaba por las radios locales a la población que «todo estaba bajo control». A las 10:10 de la mañana un gran hongo color café se levantó desde las entrañas de la tierra. Todo se ensombreció.

Fue notoria la falta de planes de emergencia, la débil y grotesca respuesta de las autoridades cuyo líder máximo, en este caso el gobernador del estado, Guillermo Cosío Vidaurri, llegaría al extremo de declarar que la población había sido informada de la peligrosidad utilizando la metáfora que hablaba de su menosprecio a la sociedad civil: «lo que sucede es como con los niños, uno les dice que no te subas a la barda y el niño va y se sube», declaraciones como ésta, aunadas a una crisis de gobernabilidad bastante seria le costarían el puesto con la forma eufemística de «licencia»¹⁰.

Ante la falta de respuestas claras, acciones eficientes y fundamentalmente la falta de información veraz, un ejército de reporteros muy jóvenes en su mayoría, se convertirían en los ojos desmesuradamente abiertos y en los oídos incrédulos de la sociedad. Sus voces y sus plumas llevaban información, explicaciones, respuestas provisionales; expresaban el dolor, el coraje, la angustia que se vivía no sólo en el Sector Reforma.

Si bien la prensa escrita especialmente el diario *Siglo 21* de reciente creación tuvo un papel fundamental en los acontecimientos, fue la radio la que vino a llenar el vacío de autoridad. Nunca como en esos días ciudadanos estuvieron tan pendientes de sus aparatos receptores. Varias estaciones interrumpieron su programación normal para establecer canales de comunicación directa durante los primeros días, cambiaron la relación entre sociedad civil y los medios, esta sociedad civil se convirtió de la noche a la mañana en «sujeto entrevistable», cosa que Carlos Rivera Aceves, el gobernador interino del estado no ha dejado de reprochar a los reporteros: «ustedes le dan el micrófono a cualquiera, entrevistan a cualquiera».

Y «cualquiera» se volcó sobre los medios, en las «cartas al Director» de diferentes diarios, en las llamadas telefónicas en vivo, en ese afán difuso de conectarse con algo. Los reporteros, los conductores, los periodistas y analistas estuvieron a la altura.

La energía social alcanzó su punto más alto con el violento desalojo del que fueron objeto un grupo de damnificados el 31 de mayo del mismo año, por parte de corporaciones policíacas, según se sabría más tarde, cuando acampaban en plantón frente a Palacio de Gobierno. La responsabilidad sobre este hecho, de dónde provino la orden de desalojo, cuántos policías intervinieron en el operativo, tampoco se ha dado a conocer a los ciudadanos.

Manifestaciones, peregrinaciones, plantones aglutinaron a buena parte de la sociedad civil. Inusitadamente en Guadalajara, no hubo un mes en el que faltara un acto público civil importante que convocaba especialmente a los jóvenes. Los símbolos (flores blancas, ropa blancas, tapabocas, canciones, manos en alto) el discurso espontáneo, fresco y ciudadano, atraía a sectores que habitualmente no se rozan en la ciudad. Parecía que Guadalajara despertaba de un largo sueño y se sacudía el aletargamiento con el que suele enfrentar los problemas comunes.

Este «accionar con otros» activado desde los primeros días ha generado una dimensión emancipadora muy importante, el atreverse a comunicar por canales «nuevos», arrancó de impulsos colectivos, de experiencias con otros.

La sociedad no es la misma, ha tomado conciencia de su vulnerabilidad y del riesgo, ha mirado de frente la cara de muerte del progreso, ha experimentado la corrupción, las estrategias del poder y la importancia, no sólo estratégica sino vital, de contar con los medios de comunicación democráticos y autónomos.

De cara a la modernidad, los medios de comunicación como lugares de construcción de representaciones sociales para la acción cobran una importancia fundamental para el impulso de una nueva sociedad civil que quiere entender el futuro no como destino sino como desafío.

Milagro tres. Un arzobispo, una «confusión» y muchos disparos

Cuando parecía que el gobierno interino lograba -no sin trabajos- restablecer la normalidad fomentando la «amnesia» como su estrategia política de gran alcance y principalmente reconciliándose con la clase empresarial, el 24 de mayo de 1993 hacia las tres de la tarde en el Aeropuerto Internacional de la ciudad fue asesinado el cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo y seis personas más. Los hechos han sido ampliamente comentados en la prensa nacional, por lo que me limito a tratar lo que el suceso ha representado para la sociedad tapatía.

Las versiones oficiales -como era de esperarse- dieron varios tumbos antes de encontrar «la buena». El cardenal fue lamentablemente confundido con el narcotraficante «Chapo Guzmán», por los gatilleros de los hermanos Arellano, del cartel de Tijuana. La «confusión» costó al Cardenal catorce impactos de bala.

No hay que olvidar que este acontecimiento se produce en medio de una crisis en la que la credibilidad de las autoridades disminuye a medida que la indignación ciudadana aumenta. El imaginario social activo y prolífico no ha dejado de producir hipótesis que van desde el «conjuro judeo masónico-militar» hasta la involucración del prelado en asunto turbios.

Los días siguientes al asesinato el clima que se vivía en la ciudad era el de una pasmosa indignación, incertidumbre y miedo intangibles que trascendían la filiaciones religiosas: «si un personaje como el cardenal puede ser asesinado impunemente, qué destino podemos esperar los ciudadanos comunes y corrientes» se preguntaban creyentes y no creyentes. Quién nos defiende contra la violencia que se ha desatado, la energía se concentraba de nueva cuenta, contra las autoridades.

Cuarenta y cuatro organizaciones, incluidos partidos políticos (con excepción del PRI) de muy distinto signo acordaban unir esfuerzos para demandar al gobierno: cese a la violencia, veracidad en la información, fin a la impunidad y castigo a los culpables. Hay que señalar, sin embargo, la presencia mayoritaria de organizaciones de signo católico-conservador.

Pero el hecho fundamental y esperanzador es aquí el que grupos tan diversos encontraran espacios de discusión y puesta en común de los problemas que ponía de manifiesto el asesinato, la violencia, la indefensión de los ciudadanos, las alianzas corruptas entre policías y narcotraficantes y especialmente el poco o nulo acceso a la información por parte de la ciudadanía.

De golpe se hizo evidente el silencio cómplice de una sociedad que facilitó en la ciudad operaciones de narcotráfico de gran alcance y que en la década de los ochenta operó impunemente. El desentendimiento y la indiferencia estallaban

haciendo saltar en pedazos la ilusión de que la violencia que caracteriza el mundo del narcotráfico no alcanzaría a la ciudad a pesar de los continuos tiroteos, asesinatos, que eran definidos por las autoridades como «hechos aislados». La violencia era tema de películas o en el peor de los casos de «noticias de imperios» lejanos.

Ficción y realidad se entremezclaron, *The War of Drugs*, programa televisivo que había beatificado a Camarena, el agente de la DEA asesinado en Guadalajara víctima de «desalmados e incultos asesinos» se acercaba peligrosamente a las explicaciones que el Procurador General de Justicia, Jorge Carpizo daba a la opinión pública a través de su «nintendo» en cadena nacional. El mismo Chapo Guzmán diría cuando fue «capturado»: «sucedió igualito que en la tele».

Sin embargo la televisión nacional no mostró los reclamos que la gente hizo a Salinas de Gortari a su entrada y salida de la catedral donde se oficiaba la misa de cuerpo presente del cardenal, ni mostró el desconcierto, la incredulidad y la rabia impotente de miles de ciudadanos que salieron a la calle una vez más, rebasando la convocatoria de las 44 organizaciones en una marcha que era una y muchas, en una sola ciudad experimentada de maneras diversas por sus habitantes.

En un intento de mediatización de esta marcha el gobernador interino decidió en un inspirado arrebatado, participar él mismo como marchista en tanto ciudadano y padre de familia. Sin un gobernador en Palacio de Gobierno la ciudadanía protestó contra un lugar vacío. En una clara alusión al problema de gobernabilidad en el estado, una señora diría: «a usted señor padre de familia nos hubiera gustado encontrarlo como gobernador».

El nosotros esencial y momentáneo que se constituyó ese domingo 6 de junio hizo concebir la esperanza de que esa tan traída y llevada sociedad civil puede ser más que un mito y defensa protectora contra el pesimismo y el desencanto. Milagrosamente, en el respeto a la diferencia compartieron la plaza católicos, ateos, homosexuales, jóvenes, ecologistas, militantes de derechos humanos, guardianes de la moral pública, damas de negro y mujeres de mandil, empresarios y obreros, y muchos, muchísimos niños. Algunos se dolían de la muerte del cardenal, otros de los muertos por las explosiones del 22 de abril, otros más de los muertos de todos los días, pero todos se dolían de su ciudad: destino colectivo pese a las diferencias.

Entre las torres de la catedral el sol se resistía a bajar su intensidad, iluminando con destellos naranjas una gran manta que decía: **Por la Vida, Por la Verdad... UNA SOLA VOZ.**

PARA TERMINAR ... PERMANENCIA EN EL CAMBIO

En primer término se plantea que el inicio de la década de los noventa en Guadalajara significa -quizá de manera imperceptible la emergencia de una conciencia ciudadana que trastoca las relaciones de poder tradicionales. Los ciudadanos estrenan un traje que todavía no acaba de ajustarse en la tensión entre el desentendimiento habitual de los asuntos públicos y el ensayo de una voz que se descubre colectiva.

La sociedad avanza y se repliega, experimenta titubeante la diversidad que la asusta y la fortalece simultáneamente.

Se sabe «moderna» porque sus avatares no son los de una sociedad tradicional y simple: adquiere conciencia de la fragilidad del orden urbano, de su vulnerabilidad ante un «progreso» anclado en la corrupción y en las complicidades criminales; de que la modernidad es más que gigantescos centros comerciales y televisión por cable. La ciudad se revela como una complicada red de decisiones y relaciones.

Se resiste al cambio y se vuelca sobre sí misma negando la porosidad de las fronteras entre lo privado y lo público. Canaliza sus esfuerzos a la búsqueda del paraíso perdido que garantizaría un territorio terso, sin quiebres ni fisuras. Una Guadalajara donde no caben los diversos.

Los ciudadanos demandan su derecho a ser tratados como tales. Deciden en gestos dramáticos y espectaculares asumir la conducción de sus propios destinos para luego replegarse en sus nichos privados donde la muerte de cardenales, las explosiones de drenaje, la impunidad, la corrupción y la violencia son apenas imágenes televisivas. Los miedos se llaman entonces: homosexuales, jóvenes descarriados, sexo seguro, sectas religiosas, Cristinas y Niños.

Los titubeantes esfuerzos de salir de los compartimientos cerrados que caracterizan a la ciudad cristalizan momentáneamente cuando un acontecimiento pone en evidencia más que las diferencias, las similitudes que se comparten en la vida

urbana rompiendo el aislamiento que se posibilita gracias a una red intersubjetiva en la que la mediación de la prensa¹¹ ha sido -en el caso de Guadalajara- fundamental.

Lo local adquiere relevancia, la experiencia vivida se transforma en experiencia mediática, se objetiva en discursos que se desdoblán y circulan generando la distancia necesaria, revelando, como diría Monsiváis, «peligrosamente el consenso» (op.cit.).

No hay que ser sin embargo demasiado optimistas. El conflicto está tan interiorizado, las alianzas y mecanismos para el mantenimiento de la hegemonía tan bien aceitados, que dificultan superar las diferencias que enfrentan a los distintos grupos en la ciudad por la definición del proyecto de la vida ciudadana, a pesar de los esporádicos rituales expiatorios.

Contra el pesimismo pueden argumentarse que estos procesos sedimentan, dejando un saber-hacer colectivo que puede reactivarse para convertirse en un poder-hacer. El desato estriba -a mi juicio- en dejar de pensar las políticas culturales como exclusiva cuestión del estado y trasladar el debate a las redes horizontales de la sociedad, ello implica no perder de vista la cuestión del poder y la distribución desnivelada y desigual del capital simbólico social.

La pregunta es cómo establecer, a lo Habermas (1989), comunidades de argumentación orientadas al entendimiento, si los actores sociales participan en y de la vida urbana desde sus propios «mundos de la vida» anclados en pretensiones de validez y contruidos en largos procesos históricos, donde la resistencia al cambio de la subjetividad se explica, entre otras cosas, por la dificultad de generar matrices culturales que sean capaces de ofrecer nuevos símbolos que interpelen a esas subjetividades.

Los habitantes de Guadalajara han experimentado profundos y violentos cambios en su manera de percibir la ciudad, lo extraordinario se ha convertido en asunto cotidiano, el tejido de su sociabilidad puede alterarse.

Hay ciudades que necesitan «milagros» para verse a sí mismas y enfrentar el futuro.

NOTAS.

1. Estas ideas se desprenden de un trabajo más amplio sobre el uso del espacio público y un análisis sobre las manifestaciones que suscitó el asesinato de Posadas. Cfr. Reguillo, Rossana: «Se acabaron». Siglo 21. 12 de junio de 1993.

2. Por espacio público entenderemos siguiendo a Ferry, al «marco mediático gracias al cual el dispositivo institucional y tecnológico propio de la sociedad posindustrial es capaz de presentar a un público los múltiples aspectos de la vida social», el espacio público mediatiza entonces las relaciones de las sociedades consigo mismas y entre sí.

3. Por ejemplo James Lull, estudioso de la recepción y estructuración de las audiencias masivas, ha señalado la falta de una reflexión sistemática sobre la relación entre estructura y sujeto, dice: «Mientras los individuos, grupos, clases y culturas subyugados han sido argüidos teóricamente y han sido mostrados empíricamente como hábiles para trascender las limitaciones estructurales que les son «impuestas», por lo menos en formas fragmentarias y temporales, estos momentos célebres son formalmente revelados como el triunfo de la voluntad humana o la imaginación sobre las profundas barreras estructurales» Lull, J.: «La estructuración de las audiencias masivas», en: *Día-logos de la comunicación* N° 32, FELAFACS, Lima, marzo 1992.

4. Para la elaboración de su teoría de la acción comunicativa Habermas distingue cuatro tipos de acción: 1; estratégica, la regulada por normas, la dramaturgic y la comunicativa, que se distinguen entre sí tanto por la selección de códigos como por los fines perseguidos por los participantes y el contexto en el que se dan los diferentes tipos de acción. Para una discusión más amplia ver Habermas, J.: *Teoría de la acción comunicativa: prolegómenos y estudios previos*. Cátedra, Madrid, 1989.

5. Para la reconstrucción de los hechos, de los que aquí presento una síntesis, se utilizó fuentes periodísticas: *Siglo 21*, *El Occidental*, *Ocho Columnas*, *Radio Metrópoli*, y *Radio Universidad*, además de la observación, registra en video y entrevistas directas a los actores involucrados.

6. Meses después Nino Canún llevó a cabo un programa sobre homosexualidad donde el tema del frustrado congreso se abordó. El representante de Pro Vida en la localidad se dedicó a descalificar y atacar a los homosexuales presentes y ausentes en nombre de «la moralidad y las buenas costumbres tapatías».

7. Para un excelente y más completo análisis sobre las implicaciones de esta marcha ver: Fernando M. González, «Televisión: del claroscuro objeto de la inmoralidad». *Siglo 21*, 30 de marzo de 1993.

8. El Gobernador de acuerdo a su recurrente «teoría del complot» acusó a este movimiento de estar «manipulado», de obedecer a razones infames de desestabilización de su gobierno. En la ciudad se comentó que poco después de la marcha los esposos de las manifestantes más visibles recibieron la visita de inspectores de hacienda para practicar auditorías «de rutina».

9. En Guadalajara hay una calle por donde antiguamente pasaban las aguas del río San Juan de Dios, de un lado vivían españoles y criollos, del otro la población indígena. Aún hoy esta «marca» permanece y se utiliza en una serie de frases para definir las fronteras de lo que tiene «clase» y lo «naco». La calle en cuestión se llama Calzada de la Independencia, un ejemplo de frase utilizada es: «De la calzada para allá», otra muy común es «estás hasta la calzada», es decir, «en el lugar equivocado».

10. Monsiváis diría que con esta frase Cosío hacía su más «sincera declaración de bienes mentales». Carlos Monsiváis: «Debate sobre los poderes de la memoria». *Siglo 21* 22/V/93. Texto leído en la presentación del libro *Quién nos hubiera dicho*. Guadalajara 22 de abril Cristina Padilla y Rossana Reguillo (compiladoras). ITESO, 1993, Guadalajara.

11. Hablamos aquí de prensa escrita, televisiva y radiofónica en varios sentidos: los que han sabido recoger el sentir colectivo, como los que han tratado de manipular la información. La credibilidad y confianza en los medios ha sido problematizada más que nunca en la ciudad, no ya como críticas sino como discusión y puesta en común de «versiones» y «visiones» de lo que afecta a la ciudadanía.

BIBLIOGRAFIA.

BOURDIEU, Pierre. Estructuras, habitus y prácticas, en Gilberto Giménez (comp) *La Teoría y el análisis de la cultura*. SEP/U. de G./ COMECOSO, 1987.

DE LA PEÑA Guillermo y Renée DE LA TORRE. «Religión y política en los barrios populares de Guadalajara», en *Estudios Sociológicos* N°24, sep-dic. El Colegio de México, México, 1990.

FERRY, Jean-Marc. Las transformaciones de la publicidad política en Jean-Marc Feery et.al. *El nuevo espacio público*. Gedisa, Barcelona, 1992

FUENTES N., Raúl. Un campo cargado de futuro El estudio de la comunicación en América Latina CONEICC, México, 1992

GALINDO, Jesús. La mirada en el centro. Vida urbana en movimiento. *Cuadernos Huella* N°- 19, ITESO Guadalajara, 1991.

GOFFMAN, Erving. *Estigma. La identidad deteriorada* Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa I y II*. Taurus, Madrid, 1990.

HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa: prolegómenos y estudios previos*, Cátedra, Madrid, 1989.

LULL, James. «La estructuración de las audiencias masivas» en *Diálogos de la comunicación*, N-º 32, FELAFACS, Lima, marzo 1992.

MARTIN BARBERO, Jesús: *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gilj, México, 1987.

MONSIVAIS, Carlos: «Debate sobre los poderes de la memoria», en *Siglo 21*. Guadalajara, 22/IV/93.

PADILLA, Cristina y REGUILLO, Rossana (compiladoras): *Quién nos hubiera dicho*. Guadalajara 22 de abril. ITESO, Guadalajara.

REGUILLO, Rossana: «Las rutas de la utopía: sociedad civil y comunicación», en *Renglones* N° 26, ITESO, Guadalajara (en prensa), 1993a.

REGUILLO, Rossana: «La ciudad es el campo. Una contradicción llena de sentido», en *Comunicación y Sociedad*. CEIC. Universidad de Guadalajara (en prensa).

REGUILLO, Rossana: «Los movimientos sociales. Notas para una discusión», en *Renglones* N°24, ITESO, Guadalajara, diciembre 1992.

SADER, Eder (s/d): «La emergencia de nuevos sujetos sociales», (trad. de Rosa Elba Arroyo y Leonardo Díaz). Este artículo corresponde al primer capítulo del libro *Quando novos personagens entram em cena*.

TOURAINÉ, Alain. *Critique de la modernité*. Fayard, Paris, 1992.